



La noche más corta

LA NOCHE MÁS CORTA

Se agotaba la noche, se sentía una discreta y fría brisa, ese rocío que en la madrugada anuncia el inicio del crepúsculo; sensación que he percibido muchas veces en campamentos, caminatas por las montañas y clubes cinegéticos; en la búsqueda de meteoritos y estrellas fugaces, y en alguna trasnochada, consumiendo un menudo norteño, algunas gorditas de harina rellenas de guisados con un toque de comino y con un reparador café de olla con piloncillo y canela.

El crepúsculo normalmente dura 24 minutos, muchas veces lo he observado en playas, desiertos, valles, bosques y en ciudades. En Torreón, suelen ser violáceos-rojizos y con tonos amarillos. El crepúsculo culmina con el amanecer, lo que toma un poco más de 8 minutos para ver el disco solar en el horizonte en todo su esplendor. Recordé en breves segundos cuántas veces he observado ambos fenómenos, en las Barrancas del Cobre o frente al mar, haciendo cumbre en algún volcán o montaña, en zonas arqueológicas majestuosas y también en algunas casi desconocidas, en el desierto de la Zona del Silencio, el Pinacate, o las Pozas de Cuatro Ciénegas; en el desierto congelado del antártico o del ártico, o cegado al conducir en la carretera por tener al sol de frente.

Pero esa noche, esa noche fue diferente; esa fue *la noche más corta*.

A pesar de que el crepúsculo y el inminente amanecer eran evidentes y el cronómetro implacable auguraba el fin de la noche, yo me resistía a que se llevaran a cabo, como si mi solo deseo fuera capaz de detener los fenómenos naturales. Era un sentimiento encontrado, por un lado, quería mantener un poco más el crepúsculo y por otro quería ver el anillo de diamante en todo su esplendor.

Súbitamente apareció el punto de luz. Discretamente azul y con un intenso brillo, asomaba por un borde de la luna; era el sol asomándose por el extremo donde terminaría la fase del eclipse total. Los bordes de la luna iluminados por rayos blancos y ahora culminado por ese punto intensamente luminoso que hacía justicia al nombre de *anillo de diamante* del eclipse total de sol; apenas duró tres segundos ese destello del sol queriendo escaparse de los cuatro minutos y dieciocho segundos en los que la luna lo tuvo secuestrado. Cautiverio que provocó la noche más corta. Momento en el que la luna y el sol fueron uno; solo unos minutos, y el sol cedió su poder luminoso a la luna que solo permitió dejar escapar por sus bordes una discreta línea de luz. Me sentí privilegiado, como si esa danza, esa interacción luminosa entre la luna y el sol se ejecutara para que pudiera ser vista por un puñado de personas en un lejano desierto del norte de México.

Tres segundos después de la aparición del anillo de diamante, el crepúsculo terminó abruptamente y la luz solar volvió con toda su intensidad. El resto del paso de la luna en el camino del sol lo seguí observando con los lentes especiales.


El amanecer de la noche más corta se había concretado, solo que en este amanecer el sol salió a mitad del cielo y no en el horizonte. La emoción era máxima, se expresó con algunas lágrimas que recorrieron mi rostro y que sequé con mis manos llenas de fina arena del desierto. Acababa de presenciar lo que en mi opinión es el fenómeno natural más impresionante que he podido observar, ni las auroras boreales alcanzan el primer lugar.

El ocaso del sol, la noche, el crepúsculo y el alba se completaron en poco más de cuatro minutos; impresionante ver todo el entorno oscurecerse con al-

gunos tonos rojizos y amarillos en el horizonte. Una inmensa sorpresa y la confusión mental al observar que se acabó la luz solar en apenas un par de segundos, contrastado con el prolongado ocaso cuando no hay montañas en el firmamento y la larga noche de 11 horas con 40 minutos en aquella zona geográfica. Apreciar estrellas que solo son visibles en noches de luna nueva, muestran lo infinito del universo y lo pequeño que somos ante ello. Pero en esta breve noche, la noche más corta, la luna no se veía porque tenía el encargo dado por el universo: en esos minutos ella debía ocultar al sol.

En la noche más corta no pude observar reacciones de animales porque estaba en un lugar muy agreste para la vida, apenas algunas aves un poco alborotadas y descontroladas por la inminente noche. Noche muy corta para atestiguar la salida de sus madrigueras de ratas canguro, tarántulas o víboras de cascabel que pueden encontrarse en esos sitios.

Me serví un vaso de vino tinto de la ribera del Duero y brindé hacia el infinito y con una pequeña parte de mi amada familia por la oportunidad de estar en tal sitio y en tal momento; con la certeza de que había valido la pena viajar más de 1,500 km para estar escasamente dos horas en ese lugar y disfrutar por cuatro minutos y dieciocho segundos de aquel tan

especial y maravilloso momento. Agradecí a la vida por haberme permitido ver otros dos eclipses totales de sol: uno en una playa y el otro en un templo budista. Con el segundo sorbo de vino me sentí triste y un poco deprimido al pensar que casi con certeza no volvería a ver otro eclipse total de sol, ni su ocaso, ni la breve noche, ni su crepúsculo, ni su alba, ni su anillo de diamantes. Se volvieron a humedecer mis ojos, ahora por una nostalgia anticipada, la fina arena del desierto volvió a rozar mi rostro. Finalmente sonreí y agradecí al universo haber podido estar en la noche más corta. Comí unos lonches de lechón y por la noche, unos taquitos de tripitas. Por la madrugada inicié el recorrido de los 1,500 km de regreso, y seguí recreando las imágenes del eclipse que estoy seguro me acompañaran por lo que reste de mi vida. 

José Víctor Calderón Salinas
Editor en Jefe de la REB
Departamento de Bioquímica
CINVESTAV
jcalder@cinvestav.mx